



CAPÍTULO V

El gobierno austriaco retira a su comisario. — El Emperador enferma de cuidado. — Desea consultar con el doctor Stokoe. — Construcción de la casa de madera. — Despacho del duque de Richelieu al marqués de Montchenu. — El marqués entabla relaciones con los familiares del Emperador. — Pío VII trata de intervenir en favor del prisionero de Santa Elena. — Carta de la madre de Napoleón á los soberanos aliados. — Nuevas vejaciones del gobierno inglés. — El Emperador se retrae cada vez más. — Conversación entre el Emperador y Montholon. — Su juicio acerca del gobierno de Luis XVIII. — Lo que opinaba de la religión católica. — Proyectos del Emperador en caso de recuperar el trono. — La Universidad. — Los Seminarios. — Fundación de nuevos colegios.

A principios de 1818 ordenó el gobierno austriaco al barón de Stürmer que diera ya por terminada su comisión, en vista de que era completamente inútil su presencia en la isla, y, al propio tiempo, le participaba que el marqués de Montchenu se encargaría de ponerse en correspondencia con el príncipe de Metternich.

Esta noticia llegó á la isla en el mes de Junio, con viva alegría del gobernador, quien, «tan contento se puso, — dice el marqués, — que le faltó tiempo para trasladar al barón la carta del príncipe Esterrazy, y enviarme una nota, con aviso de lo que ocurría, á pesar de haber recomendado expresamente al barón de Stürmer que, sin tar-

danza, me participara la novedad... Desde entonces, ha recobrado el gobernador la calma, se deshace en cumplimientos con el barón, y le ha escrito una fina carta de despedida (1). Mi nombramiento no le ha desvanecido la idea de que Austria lleva segundas intenciones, y de la misma opinión participan aquí todos los ingleses conspicuos, como también estaba convencido de ello el almirante Malcolm.

»Sin embargo, cosa singular es, aunque acaso sin ninguna importancia, que el barón de Stürmer haya recibido orden de no dejarme documento alguno referente á la comisión que desempeñaba, so pretexto de que yo he de estar á las órdenes de mi gobierno, cuyas decisiones merecen de antemano la entera aprobación del de Viena. En consecuencia, se ha llevado toda la documentación.»

Después de estas consideraciones, envía el marqués de Montchenu un boletín médico del estado de salud del Emperador. «Bonaparte se halla verdaderamente enfermo. Parece que tiene obstruido el hígado, y prueba de ello es que, por fin, haya resuelto tomar mercurio, á tan grandes dosis que se le han resentido los nervios. Sufre continuos dolores de cabeza, y, desde hace tiempo, repugna vestirse en traje de presentación, y, sobre todo, esquiva afeitarse. En una palabra, se ha vuelto enteramente apático. Cuando sus íntimos logran despabilarle un poco, llama á Montholon y le dicta, durante varias horas seguidas, trozos descabalados de su historia. Empieza á tratar un capítulo y pasa en seguida á otro, sin relación alguna con aquél. Otras veces, hace preciosas declaraciones, pues habla de los tratos que mantuvo con tal soberano, tal ministro ó tales generales, y refiere á menudo cuanto le contaron; entonces nombra á todos los individuos. A la mañana siguiente, manda con frecuencia traer lo escrito, y lo rasga por su propia mano, diciendo que sus Memorias podrían caer en manos de los ingleses, á quienes aborrece hasta el punto de no querer dejarles nada suyo. Montholon toma notas sin que él lo advierta, á fin

(1) «No quiero que os vayais sin daros gracias por el auxilio que en distintas ocasiones os habéis dignado prestarme en el cumplimiento de mis deberes, así como por la amabilidad con que siempre me comunicasteis vuestras instrucciones, que constantemente estuvieron acordes con las mías. Espero que en vuestro nuevo destino encontraréis numerosas ocasiones de distingueros en el servicio de vuestro gobierno. Tengo el honor, etc.— H. LOWE.»

(Informes del barón de Stürmer, p. 285.)

de componer con ellas varios volúmenes de mucho interés que le valgan buen dinero. Confieso que quisiera tener para comprarlos.»

Volviendo á tratar del refrigerio ofrecido recientemente por Bonaparte á los dos comisarios, supone Montchenu que este incidente tuvo origen en un previo acuerdo entre los habitantes de Longwood y el conde de Balmain: «El conde había recibido especial encargo de llevarme á los jardines de la Compañía, pues hizo todo cuanto pudo para que yo accediese. Sin embargo, no se figuraba lo de la merienda. Bonaparte tenía entonces un cocinero francés, llamado Lepage, y una cocinera valona, que le había enviado el gobernador. Uno y otra fueron despedidos bruscamente de Longwood por haberse atrevido á ir al palacio del gobernador á espaldas de su amo. Así han contado ahora que el mismo Bonaparte había dado las disposiciones necesarias para la merienda y que, sabedor de lo mucho que nos había gustado, dispuso otra verdaderamente apetitosa para el domingo siguiente, aunque nosotros no fuimos, porque nada sabíamos de ello. Al efecto mandó llamar al cocinero para darle instrucciones sobre cada plato, repitiendo sin cesar: «Que todo sea bueno, muy bueno, pues esos pobres infelices sólo comen salazón de carnes. Sobre todo los franceses se alegrarán no poco de encontrar algún plato de su tierra. ¡Que todo sea muy bueno!» — Hoy no podría hacer la misma recomendación, pues le sirve un cocinero chino, que no hay por donde cogerlo... El gobernador cree que al rey le divertirá mucho esta anécdota.»

25 Julio 1818. — «... Alarmado Bonaparte por el decaimiento de su salud, y deseoso de consultar con otro médico que no fuese el del gobernador, ha llamado al del *Conquérant* (1), quien corrobora la obstrucción hepática. Vuelve á tomar mercurio, por haber cesado las sofocaciones de pecho. Lo menos hace tres semanas que no ha salido de su aposento, y pocas veces se ha levantado de la cama para recostarse en la mecedora. Molestado el gobernador por no tener noticias ciertas del estado del prisionero, ha nombrado ayudante de órdenes á un veterano teniente coronel irlandés, retirado, ex inspector de milicias, muy valeroso y honrado y que habla muy bien el francés, idio-

(1) El doctor John Stokoe.

ma desconocido por los otros ayudantes. Temo que el gobernador no haya tenido buen acierto en esta elección, pues durante la ocupación de Córcega por los ingleses, el nuevo ayudante fué sargento mayor de la ciudad donde residía la familia Bonaparte, que, á la sazón, distaba mucho de la opulencia. Cometió este oficial la torpeza de hablar de aquellos tiempos, y por ello no quiere Bonaparte recibirle...

»... Como quiera que todas las cartas llegadas á Londres de Santa Elena afirman que el gobernador no ha visto al prisionero desde hace veinte meses, temió el gobierno que esta voz produjese mal efecto, y, para contrariarlo, mandó insertar en *El Correo* de 23 Abril el siguiente suelto: «Deseoso el gobernador de no fatigar á Bonaparte con sus visitas, se relaciona con él por medio de su ayudante general, el teniente coronel Sir T. Reade, quien habla muy bien el italiano, y es de carácter dulce é insinuante. Puede decirse que, de todos los militares ingleses de la isla, el teniente coronel es el que mejor conoce á Bonaparte y quien está en más favorables condiciones para juzgar de sus íntimos sentimientos.»

Al conocerse en James-Town este suelto, se desataron las lenguas á costa del gobernador, y supusieron muchos que él mismo lo había inspirado. La verdad era que el ayudante sólo fué admitido una vez en Longwood, y que pronto se le cobró más antipatía que á su mismo jefe. Por lo demás, desde aquel momento, les fué mucho más difícil á los extranjeros ver á Napoleón, que á veces estaba toda una semana sin salir, de modo que el teniente coronel Reade había de contentarse con verle de lejos, «mientras pasaba de un aposento á otro (1).»

A consecuencia de las reiteradas quejas sobre la defectuosa instalación de Longwood, el gobierno inglés determinó por fin hacer armar la casa de madera, cuyas piezas, construidas en Londres desde 1816, habían sido enviadas á la isla en disposición de montura. «No era una *casa-paraguas*, como se la ha llamado, sino un conjunto de materiales destinados, según optase el Emperador, á construir una casa aparte ó bien á ensanchar cómodamente la que ya habitaba (2).» Napoleón no quiso dar su parecer respecto de aquellas obras, y como la

(1) Thiers: *El Consulado y el Imperio*, t. XX, p. 680.

(2) W. Scott: *Vida de Napoleón Bonaparte*, t. XVII, p. 270.

visita que con este motivo le hizo Hudson Lowe degeneró en discusión tormentosa, se supuso que «Napoleón prefería su vieja é incómoda morada, con derecho de queja, á una casa nueva y algo más adecuada, cuyo usufructo le hubiera sellado los labios en un asunto tan fecundo en recriminaciones (1).» Sin embargo, se tomó el acuerdo de levantar una nueva construcción no lejos de Longwood, sobre el solar de la primera vivienda del barón de Stürmer (2). El marqués de Montchenu añade: «Este es sin disputa el paraje más ameno de la isla, y el único abrigado. ¿Cuándo estará la casa lista? No lo sé. Dicen que dentro de dos años. ¿Quién sabe quién vivirá de aquí á dos años?... Este plazo me recuerda la respuesta que Bonaparte dió al gobernador cuando á su llegada le propuso construir la casa: «En dos años, habrá cambiado el ministerio en Inglaterra ó en Francia, y yo no estaré ya aquí.» El ha negado después que dijera esto, pero el gobernador afirma siempre que así lo dijo.»

La casa de madera se construyó rápidamente, pero «sucedió que estaba rodeada de un profundo foso, cercado por una barrera de hierro batido. Apenas vió Napoleón aquellos preparativos, cuando acudieron á su mente las ideas de fortificaciones y baluartes, sin que fuera posible convencerle de que la barrera nada tenía que ver con los medios de retenerle prisionero (3).» No salió jamás de Longwood y murió en el mismo aposento que ocupara desde que dejó de ser huésped de Balcomb.

Volviendo en seguida á tratar de la partida del doctor O'Meara y de los propósitos que hubiera podido tener antes de embarcar, afirma el marqués de Montchenu «que, según su declaración escrita, la salud de Bonaparte tenía tanta necesidad de cuidados continuos, que se consideraba en el deber de advertir que, sin médico de cabecera, moriría antes de lo que se esperaba». A los pocos días, pareció que iba á cumplirse la predicción de O'Meara, pues el Emperador sintióse sin duda peor y mandó llamar al doctor Verling, médico de los artilleros reales,

(1) W. Scott: *Vida de Napoleón Bonaparte*, t. XVII, p. 279.

(2) Se le enseñaron al Emperador varios planos, pero no se decidió por ninguno, y dijo: «Que me traigan la llave de una casa habitable y entonces tendrán el derecho de hacerme entrar.» (Montchenu, carta del 22 Septiembre 1818.)

(3) W. Scott: *Vida de Napoleón Bonaparte*, t. XXVII, p. 280.

con quien había hecho la travesía, y que se estableció junto á él durante algún tiempo.

Desde el comienzo de su comisión, había tenido cuidado el marqués de Montchenu de aprovechar las raras ocasiones que se le pre-



Napoleón en Longwood. (Copia de un dibujo de Horacio Vernet.)

sentaban para corresponderse directamente con el ministro de Negocios extranjeros. Menos frecuentes respuestas recibió de París, á pesar de lo muy necesitado de estímulo que estaba para no desmayar ante el continuo surgir de dificultades, ya dimanantes del carácter taciturno del gobernador, ya de la misma naturaleza de sus relaciones con Long-